

Luchas silenciosas: Jesús y Marina construyen país a cuatro manos¹

Julio César Bermúdez Restrepo
Doctor en Educación
Director Maestría en Educación Ambiental
Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga
Correo electrónico: julio.bermudez@ustabuca.edu.co



Fotografía: Julio César Bermúdez Restrepo, autor de la crónica.

El Águila era un municipio que apenas dejaba de ser sangriento a mediados de la década de los setenta del siglo pasado. Reinaba en la zona del norte del Valle una tensa calma, puesto que disminuía la violencia partidista que acabó con casi dos generaciones que se peleaban por el color del partido político. Esta violencia fue menguada por el surgimiento de la primera mafia que controló durante dos décadas esta zona. *La gente de Drácula*, como se nombraba al personal de este nuevo empresario surgido de la nada y que se dedicó al tráfico de hoja de marihuana, cultivada en los desmontes de la selva chocoana. Este personaje consiguió una impensable

fortuna, invadiendo con cigarrillos artesanales de la mejor calidad, el mercado gringo. Mientras que con la atrocidad heredada de las matanzas partidistas realizó la mal llamada limpieza social de todos sus contradictores.

Pero no es este asunto macabro lo que se quiere contar, sino que a partir del testimonio de Jesús María y Ruth Marina, una pareja de campesinos de la vereda La Quiebra de San Pablo, daremos a conocer una experiencia de vida significativa que la gente común logra en municipios como El Águila en el departamento del Valle del Cauca, como aporte silencioso a las transformaciones de la inmensa Colombia rural.

¹ Los personajes protagonistas de esta historia solicitaron al autor no publicar sus apellidos.

De peones a dueños

El domingo 14 de julio de 1984, Jesús María, Ruth Marina y sus cuatro hijos llegaron en una volqueta cargada con sus enseres a la vereda La Quiebra de San Pablo. Venían de entregar su responsabilidad de agregados en la hacienda cafetera El Roble, en el municipio vecino de Anserma Nuevo. Cuando terminaron de guardar parte del trasteo en la caseta comunal y los vecinos los despedían con agrado ese atardecer, todos sabían que los veinte minutos por la trocha que conducían a su finca Tesorito, serían tranquilos. Sin embargo, la pareja y sus hijos salieron con lo que podían cargar al hombro por un camino de incertidumbres, debido a su nueva condición de propietarios.

Cuando llegaron a su morada, la claridad de la luna les permitió entrever un rancho ahogado entre matorrales y de trasfondo la silueta de la montaña de El Llorón, por donde vieron salir, desde entonces el sol generoso que calienta su tierra. Ruth Marina comenta que —esa noche se sintió extraña. Estaba preocupada por la transición de las comodidades de la hacienda y las exigencias que imponía la precariedad de la casa. Allí afinaron los sentidos para mantenerse en pie a la luz de una vela de parafina. Caminando sobre el piso disparejo de tablas. Abrigados por paredes de bahareque sin pintura que dejaban entrar los sonidos naturales más singulares. Ella manifiesta que —No estaban acostumbrados a un campo tan silvestre. La primera noche durmieron en un solo cuarto, se juntaron como lumbre que calienta el rancho para el inicio de otra vida. Ninguno sabía que estaban fundando la patria que miles de personas ya no querían.

Las condiciones de la finca no eran las mejores. Gran parte de la tierra era monte y abundaba el rastrojo entre los cafetales. Comenta Jesús María que:

—No había agua potable, ni servicios sanitarios, no teníamos conexión a la energía eléctrica y para el beneficio del café, el principal cultivo

para sostenernos, disponíamos de una vieja máquina, un cajón de madera para fermentar el grano y dos paseras pequeñas para el secado.

Pero lograron superar muchas de estas contrariedades. La que más permaneció fue la presión cultural del desprecio por el campo, que llega de todos lados, como síntoma de la enfermedad del olvido del país campesino. Sin saberlo sufrieron por la connotación de atraso de lo rural.

Poco a poco, con el trabajo familiar la naturaleza les devolvía en abundancia sus cosechas y cada semana vivenciaban un episodio novedoso de aprendizaje. Surgían formas de convivencia inusitada, con una variedad de animales del monte poco conocidos por la familia. En los primeros dos años se acostumbraron a despertar con la algarabía de loros; a perseguir las ardillas por los sembrados de maíz; a compartir los racimos maduros de banano con los guatines, las chuchas y las guacharacas; a respetar el camino del zorro marcado con su almizcle; a conciliar el sueño con el diálogo reposado de búhos y lechuzas.

A pesar del empeño de sostenerse con el trabajo en su terruño, les agobiaba no brindar el bachillerato completo a sus hijos. Ruth Marina recuerda algunas frases que les decía como sermón diario —estudien para que sean alguien en la vida...es la única herencia que les podemos dar...aprovechen el estudio para que no les toque tan duro como a nosotros. Esta convicción de lo rural como atraso, muy difundida en la idiosincrasia del país llevó a la familia a dejar la finca por una temporada. Salen en 1986 a emplearse en una hacienda del corregimiento de Zaragoza, en el municipio de Cartago. Se fueron a la hacienda Guacas. Casi una década viviendo en ese valle caliente de noches insoportables, donde las nubes de zancudos hacían llorar a los perros guardianes. Allí permanecieron hasta lograr el grado como bachilleres agrícolas de sus cuatro hijos. Mientras tanto, al cuidado de la finca quedó otra familia que permaneció hasta el retorno de la pareja en 1995.



Fotografía: Julio César Bermúdez Restrepo, autor de la crónica.

Retorno a su tierra

Por este tiempo Ruth Marina tenía 52 años y Jesús María 60. Mirando en su pequeño álbum de fotografías, se aprecian sutiles cambios en su apariencia. La señora, mostraba su cabello largo entrecano, que por esa época lo llevaba recogido en una cola de caballo. En su rostro una expresión severa, marcada por una arruga profunda que separaba sus dos cejas pobladas, le daba aspecto de mujer brava, lo que contrastaba con su amabilidad y diligencia como anfitriona. El señor, mantenía la tradición del sombrero, el poncho y el carriel. Su rostro inconfundible, enmarcado por dos patillas largas que casi se juntaban a su bigote poblado, completaba su apariencia campesina renovada. En ambos la evidente madurez física y el plan cumplido con el estudio de los hijos, alentó aquel regreso a su finca.

La pareja volvió con fuerzas renovadas a pesar del paso de los años que restaba a su condi-

ción de incansables, la ausencia de sus hijos y la inestabilidad de la economía cafetera, cada vez más desfavorable para los productores. En la estancia por fuera habían logrado mejorar los cafetales. Así que decidieron solicitar préstamo a la Caja Agraria para la construcción de un secadero. Les aprobaron el crédito y se les ocurrió que la plancha del secadero sería el techo de su nueva casa. Derrumbaron el rancho de bahareque e iniciaron la construcción de la casa que habían soñado para la familia. Un cuarto principal para ellos, un cuarto para cada hijo, una cocina con comedor, servicios sanitarios adecuados, un gran corredor en forma de L y un amplio patio para el jardín.

Como a la finca ya llegaba la carretera, esto facilitó el cargue de los materiales. Aunque parte del dinero del préstamo se esfumó pagando el servicio de transporte. Se levantaron paredes, pisos y se fundió la plancha del secadero. Dice Jesús María que —al menos se construyó el techo de la casa-elva... porque esa plata no

alcanzó para mucho. Transcurrieron unos dos meses de construcción y a pesar de la casona estar en obra negra tuvieron que habitarla. Durante varios años solo quedaban recursos para pagar las cuotas al banco. Cada vez que podían repellaban una pared, colocaban las ventanas, hacían un pedazo de andén, etc. Lo que sí reconocen es que el aspecto inconcluso de la casa dejó de ser tema familiar de relevancia.

Después de tantos años, tienen una casa con una estructura muy parecida a las construcciones donde vivieron antes. Paredes blancas con puertas y ventanas de colores. Primero anaranjadas, luego verdes, y después rojas. Manteniendo la tradición colonial de la zona, así como la costumbre de conversar. Una característica familiar importante. Hablaban de los asuntos cotidianos por organizar en la finca. Pero recuerdan que por esa temporada, en las horas de la tarde al reposar la comida, escuchaban por radio las noticias regionales en la emisora *Ondas del Valle*. De allí sacaban tema para comentar. Y entrada la noche, se quedaban mirando en las penumbras el cañón del río Catarina, asumiendo el arrullo de los sonidos de la oscuridad.

Ese mismo año, mientras estrenaban la casa, gestionaron con los vecinos del sector la instalación de la red eléctrica. Aprovecharon el servicio para la iluminación de la casa y aspirando a conseguir un motor para despulpar el café, una nevera o una licuadora. Algo muy significativo de la familia es que nunca se interesaron en tramitar la señal de televisión, porque dicen que así vivían más tranquilos.

Ruth Marina como buena conversadora de Pueblo Rico, municipio de Caldas, recuerda que en el 2001 recibieron una visita de estudiantes de una Universidad de Santa Rosa. El grupo buscaba experiencias campesinas innovadoras, así que centraron sus intervenciones en reflexionar sobre la condición campesina. Y *misia Marina* les decía a estos jóvenes: —¿qué sería de la ciudad sin la gente del campo? y como es-

perando alguna réplica, hace un corto silencio, y prosigue:

—es por el campesino que puede estar tanta gente en la ciudad...somos los que producimos la comida. Somos los principales cuidanderos del país. O sino digan ¿quién viene por aquí a mirar que está aconteciendo? Ya ni siquiera inspector de policía tenemos.

En esa oportunidad, la visita fue atendida por el grupo familiar. Pues tenía la iniciativa de seguir ofreciendo actividades de sensibilización sobre la vida digna en el campo. Cada uno mostró lo que se hacía. Jesús María, por ejemplo, mostraba los lotes del café con sombrero de guamos, comentaba la confrontación con los técnicos del Comité de Cafeteros que insistían en que modernizara su cultivo, que usara las técnicas de cafetal a libre exposición, que cambiara esos cafetales viejos por las nuevas variedades. También contó la historia del nacimiento de agua en el que trabaja desde que compraron la finca y los llevó hasta la toma del agua para que vieran el resultado. Una pulgada de agua cristalina que salía de la tierra y era conducida por una canaleta de guadua hasta una caneca colectora. Ese era el corazón de la finca para entonces.

Otras actividades que mostraron con gusto a los visitantes era el corral de gallinas ponedoras, alimentadas con bore, maíz amarillo, zapallo, plátano maduro; la cochera donde criaban dos o tres cerdos; las eras de producción de lombricompost con la pulpa del café, la parcela sembrada de guadua, las parcelas de frijol para autoconsumo y el potrero con la vaca lechera. Pero estos avances en la finca se contraponían a la presión de las obligaciones con el banco, la inestabilidad en el precio del café y la dificultad para encontrar personal que ayudara en los trabajos.

Las iniciativas de mejorar la finca se oponían a las vivencias que marcaron una dura realidad del resto de los finqueros de la vereda y se diría que de la región. Durante la primera década

de este siglo se fueron sintiendo cada vez más solos. Desde el sitio privilegiado donde estaba la finca, habían visto cómo los vecinos abandonaban la región por distintos motivos. En unos casos, dejando las fincas a cargo de mayordomos poco diestros en los trabajos agrícolas, o vendiendo a inversionistas de Pereira o Manizales, o en la peor de las situaciones dejando abandonada la tierra. Sin embargo, esta cruda experiencia no doblegó la fortaleza de estos luchadores. Sin embargo, si miran cómo sobrevivieron a fenómenos como la infestación de los cafetales por el hongo de la roya, la plaga de la broca y ahora la inestabilidad del clima; y se declaran afortunados.

Celebran 50 años juntos

Ahora todas las tardes se sientan a comer, casi siempre solos, uno al lado del otro, en un mesón largo hecho de madera burda, con ocho puestos que esperan ocasionalmente al resto de familia. El mesón ocupa la mitad del salón que tiene de cocina-comedor. —Las cosas han cambiado mucho pero no nos damos cuenta, se comentan en esas conversaciones íntimas, mientras reposan la comida. Varias cosas han cambiado en ellos. Ya no se santiguan para la oración de la noche, como habían heredado de las dos familias católicas de las que cada uno proviene. No lo hacen desde hace unos seis años que van a una congregación cristiana.

De otro lado, se mantiene firmes ante el desplazamiento que los acosa en todas sus formas y que arrasa los paisajes rurales de Colombia. Se protegen de las oleadas de información que llena la prensa y la televisión sobre accidentes, catástrofes, muertos y escándalos de corrupción. Ruth Marina y Jesús María siguen en su lucha insistente de forjarse una vida digna en el campo. Ellos siguen en contracorriente de las ofertas de la modernidad tardía. Insisten en motivar a los jóvenes para que miren con ánimo y aprecio sus raíces.

Las manos callosas y artríticas de Jesús, que durante treinta y dos años han cuidado los cul-

tivos, sembrado árboles productores de agua, arreglado cercas, ahora empuñan un bastón mientras se recupera del mal de rodillas que a veces lo doblega. —Un mal de los años, dice —de tanto subir y bajar caminos húmedos en invierno y polvorosos en verano. Caminos que transitan casi siempre con un tercio al hombro. A veces cargando un racimo de plátanos para el sancocho, una brazada de leña seca para el fogón o un bulto de cerezas de café de la cosecha. Manteniendo así la costumbre de llegar a casa con algo que ofrecer. —Yo no nací pa' semilla...eso decía mi abuela Lola fumándose su muladita, —pero quiero vivir más años, dice Jesús María.

Ruth Marina tampoco para de trabajar. En los últimos dos años, alterna los quehaceres de la casa con el cultivo de cilantro. Un producto de corta duración que le brinda ingresos quincenales. Y es que ya no tiene gallinas, ni cerdos, ni vaca lechera, por el cuidado requerido por los animales. Por eso es habitual por estos meses cuando se les visita, participar el día viernes de la cosecha del condimento. Y mientras tanto animan su labor con conversaciones sobre la vida en el campo. Se separan las ramas frescas de las secas, y en su afán de hacer rendir el tiempo, Ruth Marina vuelve a tomar un manojito de cilantro y pone el tema del poco aprecio que se tiene al campesino. Dice que

—hay muchas personas de la sociedad que miran al campesino por encima del hombro...solo nos tienen en cuenta para las votaciones...o para cobrarnos los impuestos...o en el caso de los técnicos para hacernos firmar una lista de un proyecto que no sabemos para qué sirve.

Y después de un rato de trabajo, cuando están listos los ocho paquetes que está comprometida a llevar a una revendedora en la plaza de mercado del pueblo. Ruth Marina se incorpora, se dirige a la cocina e invita a tomar un café.

Con el sabor del café propio confiesan el gusto por la tranquilidad de Tesorito, se alegran de seguir viviendo allí, de disfrutar ese paisaje

que los cansa físicamente, pero que los mantiene y los acoge. Después de vencer la tentación de tres ofertas de compradores foráneos, se sienten orgullosos de haber tomado la mejor decisión. Quedarse allí, afrontando las nuevas luchas en que los pone la vida de mayores. Quieren más años para disfrutar lo que van descubriendo poco a poco como la patria forjada por los dos.

Por hoy solo quieren descubrir en su patio, entre días cada semana, a la nieta menor. Vecina que con su risotada intensa, les llena la tarde de alegrías, con la algarabía propia de sus seis años y la pronta destreza de ciclista, con la que los cansa a punta de vueltas y de intentonas de tumbar las materas sembradas con geranios. O quieren ver llegar de visita a alguno de sus hijos o particularmente a uno de sus dos nietos mayores, que a medida que crecen los sienten más distantes de esta vida rural.

Estos dos personajes encarnan una Colombia que se mantiene silenciosa en los terruños, donde la violencia se cansó de estar. En sus conversaciones se entran las vivencias que ejemplifican el desprecio de un país por sus campesinos. Con ellos se reflexiona sobre esa connotación despectiva. Es la percepción de muchos habitantes del campo y quizás también de muchos urbanos, que consideran insostenible el aislamiento en el campo. —Trabajar la tierra es muy duro y no da plata – por eso a los jóvenes de ahora no les gusta la finca; dice Ruth Marina, enfatizando la desvalorización generalizada de su espacio vital.

En la navidad de 2016, Ruth Marina y Jesús María celebran en varias oportunidades y de distintas maneras muy sencillas su aniversario número cincuenta y aprovechan para contar muchas de las historias compartidas. Con mucho sentimiento repasan esos primeros momentos en Tesorito. En esa primera madrugada, mientras reconocía la cocineta, Jesús María cuenta que como pocas veces, abrazó por la espalda a Marina para ayudarle a pillar el maíz.

Gesto cariñoso que poco se permitían frente a alguno de sus hijos. Ya habían dispuesto dos tazas llenas de granos amarillos en el viejo pilón de madera que heredaron, tomaron a cuatro manos el mazo y asentaron el maíz.

Esa primera mañana en la finca, después de media vida de mayordomos y jornaleros por las fincas de la región. Jesús le dijo: —Mija... esto es lo mismo de duro que cuando éramos jornaleros. Mientras alzaban el madero que a golpe controlado asentaba el maíz, retirando el afrecho para preparar el claro y la masa para las arepas. Luego, Ruth Marina se liberó del abrazo. Se acercó al fogón, acomodó las astillas de leña, prendió candela con un fósforo que manipula mágicamente en aquella mañana fría.

Las dos manos de Ruth Marina entraron con pericia en la masa de maíz, después de molida y amasada. Retiró porciones exactas de cada arepa; moldeó unas en circunferencias laminares para el desayuno y las otras las convirtió en redondas y elípticas para acompañar las demás comidas del día. Recuerda Jesús María que su mujer se mantuvo en silencio mientras terminó esta labor. Alistó el fogón. Sacó con un cucharón metálico el rescoldo, lo extendió emparejando el carbón incandescente. Colocó la parrilla rectangular y sobre ella acomodó la primera tanda de arepas. En ese instante recuerda que lo miró y le replicó —Si es duro el trabajo mijo, y antes de volver a controlar el asado de las arepas le contestó —la diferencia mijo...es que ahora ya nadie nos manda.

Coletilla:

Es una tarea urgente re-encantar el campo en Colombia. Una de las lecciones que brindan Ruth Marina y Jesús María es celebrar sus cincuenta años juntos, firmes en sus luchas cotidianas por mantenerse en la finca, siendo productores de buen café, cuidadores del agua, de comida sana, de aire limpio. Personas trascendentales en su particularidad. Referente de un mundo rural posible. Por eso un abrazo enérgico para estos sembradores próximos, sonrientes, hermosos.